

caso de algunas regiones andinas.

¿Qué sabemos de este campesinado mestizo en la región del Tucumán durante el siglo XVIII? A partir de los datos de población que hemos citado precedentemente, se puede observar que son dos las áreas demográficamente más densas respecto a este campesinado jurídicamente libre a fines de ese siglo: Córdoba y San Miguel del Tucumán. Más atrás le siguen Catamarca y Santiago del Estero, en ese orden (53). En las cuatro jurisdicciones la presencia de este campesinado se acompaña de actividades artesanales cuyo producto ocasionalmente está destinado al mercado y en especial, el mercado de Buenos Aires que irá creciendo en forma constante durante todo el siglo XVIII. En el caso de Córdoba, Santiago y Catamarca se trata de textiles y en el de San Miguel, de artesanías que giran alrededor del laboreo de las suelas y los cueros curtidos.

¿Cómo han surgido estos campesinos mestizos del Tucumán? Nos hallamos ante un campesinado que viene de horizontes bastante diversos. Por un lado, se trata de las familias indígenas que han ido abandonando los pueblos de indios, sea por efecto de la presión de los encomenderos, sea por propia decisión justamente como reacción ante ese embate encomendil. Los documentos hablan desde muy temprano de este proceso de abandono de los pueblos y de adscripción de los indígenas a las chacras y estancias de españoles encomenderos o no encomenderos. Por otra parte, nos encontramos con los blancos empobrecidos cuyo único medio de subsistencia es el laboreo de una pequeña parcela y el trabajo de los miembros de la familia en las más diversas ocupaciones. Y finalmente, la última gran componente de este campesinado serán los mulatos y pardos libres.

A estos tres grupos numéricamente más importantes, que pueden ser considerados el verdadero crisol del campesinado tucumano, se agregarán, además, individuos venidos de horizontes más insólitos aún: indios forasteros altoperuanos o paraguayos, indios del Chaco y pampas en proceso de araucanización que los españoles han capturado en la guerra o que, por efecto mismo de la vida fronteriza, finalizan estableciendo amplios contactos con los pobladores. Demás está señalar que, entre los diferentes grupos se tejen estrechas relaciones que darán como resultado las mezclas raciales más variadas y las fusiones culturales más diversas.

El campesinado mestizo del Tucumán y los textiles.

Veamos ahora, con un lente de aproximación aún mayor, cuales

son los orígenes mestizados de la artesanía textil tucumana y como funciona la unidad productiva campesina en el marco de esta formación social colonial.

Creo que no es necesario demostrar la importancia que el textil tenía en la vida social y económica de los diversos grupos indígenas ligados con la tradición cultural andina. Pero, lo que resulta interesante es comprobar con que rapidez se difunden algunos de estos rasgos culturales entre otros grupos indígenas e incluso, entre los españoles. En ocasión de la visita de Lujan de Vargas vemos, por ejemplo, a una india "de nación Mocoibí" que, habiendo sido hecha prisionera desde muy pequeña, hila y teje como las restantes indígenas de su encomienda (54). Otro ejemplo, pero en un contexto completamente diverso: en 1752, encontramos a una india cordobesa tejiendo ponchos balandranes en una reducción de indios pampas de la frontera bonaerense y es de imaginar que esto tiene que ser ocasión para fructíferos y complejos intercambios culturales en uno y otro sentido (55).

Y para hablar ahora del tejido entre los españoles, en la visita tantas veces mencionada de Lujan de Vargas, un encomendero, ante las reiteradas quejas de sus indias sobre las tareas textiles, no duda en afirmar que "...es lo mismo que comunmente hacemos y enseñamos los padres con nuestros propios hijos e hijas..." y si bien esto aparece aquí como un argumento para mostrar la inocencia del acusado, no es fácil saber en esta ocasión quien está "enseñando" a quien... (56). Esta difusión del tejido indígena entre los españoles, difusión que también debe adquirir contornos culturales considerablemente mestizados como es obvio imaginar, conduce a algo que resulta evidente a la luz de las fuentes de la época: las españolas empobrecidas también hilan y tejen. En 1699, el maestro de campo don Antonio Quijano se lamenta "...que oy con la suma pobreza a que a llegado la tierra se ven presidados a Yndustriales y ponerlas (a las mujeres españolas JCG) en hilaciones y tejidos de cosas de la tierra..." (57).

¿Y como funciona en realidad esta artesanía textil en el marco de la vida económica de la familia campesina del Tucumán colonial del siglo XVIII? Las contadas fuentes que mencionan el tema coinciden en algo que será fundamental: ya sea que hablemos de la zona del poncho que va desde San Luis de la Punta hasta Santiago del Estero, como que nos referiramos a los lienzos de algodón catamarqueños, se trata siempre de una artesanía enteramente en manos femeninas; son las mujeres las que hilan, tiñen y tejen (58). Además, documentación más temprana y que está hablando todavía de la familia campesina indígena, muestra en forma bastante clara cuales son algunas de las razones de esta división del trabajo en el seno de la familia: los hombres, frecuentemente ausentes en arreos de mulas y vacas, recorrien-

son los orígenes mestizados de la artesanía textil tucumana y como funciona la unidad productiva campesina en el marco de esta formación social colonial.

Creo que no es necesario demostrar la importancia que el textil tenía en la vida social y económica de los diversos grupos indígenas ligados con la tradición cultural andina. Pero, lo que resulta interesante es comprobar con que rapidez se difunden algunos de estos rasgos culturales entre otros grupos indígenas e incluso, entre los españoles. En ocasión de la visita de Lujan de Vargas vemos, por ejemplo, a una india "de nación Mocabí" que, habiendo sido hecha prisionera desde muy pequeña, hila y teje como las restantes indígenas de su encomienda (54). Otro ejemplo, pero en un contexto completamente diverso: en 1752, encontramos a una india cordobesa tejiendo ponchos balandranes en una reducción de indios pampas de la frontera bonaerense y es de imaginar que esto tiene que ser ocasión para fructíferos y complejos intercambios culturales en uno y otro sentido (55).

Y para hablar ahora del tejido entre los españoles, en la visita tantas veces mencionada de Lujan de Vargas, un encomendero, ante las reiteradas quejas de sus indias sobre las tareas textiles, no duda en afirmar que "...es lo mismo que comunmente hacemos y enseñamos los padres con nuestros propios hijos e hijas..." y si bien esto aparece aquí como un argumento para mostrar la inocencia del acusado, no es fácil saber en esta ocasión quien está "enseñando" a quien... (56). Esta difusión del tejido indígena entre los españoles, difusión que también debe adquirir contornos culturales considerablemente mestizados como es obvio imaginar, conduce a algo que resulta evidente a la luz de las fuentes de la época: las españolas empobrecidas también hilan y tejen. En 1699, el maestro de campo don Antonio Quijano se lamenta "...que oy con la suma pobreza a que a llegado la tierra se ven presidados a Yndustriales y ponerlas (a las mujeres españolas JCG) en hilaciones y tejidos de cosas de la tierra..." (57).

¿Y como funciona en realidad esta artesanía textil en el marco de la vida económica de la familia campesina del Tucumán colonial del siglo XVIII? Las contadas fuentes que mencionan el tema coinciden en algo que será fundamental: ya sea que hablemos de la zona del poncho que va desde San Luis de la Punta hasta Santiago del Estero, como que nos referiramos a los lienzos de algodón catamarqueños, se trata siempre de una artesanía enteramente en manos femeninas; son las mujeres las que hilan, tiñen y tejen (58). Además, documentación más temprana y que está hablando todavía de la familia campesina indígena, muestra en forma bastante clara cuales son algunas de las razones de esta división del trabajo en el seno de la familia: los hombres, frecuentemente ausentes en arreos de mulas y vacas, recorrien-

do los bosques como "mieleros" u ocupados como peones carreteros, han delegado muchas veces en la mujer el laboreo de la parcela y el sostenimiento familiar (59).

Un documento suscripto por un indio salteño en 1728 resulta incluso más claro: al quejarse de las exigencias de un diezmero dice, hablando de los bienes familiares "...nuestros ganados que son tres o cuatro ovejas de mi mujer y una manadita de yeguas..." (60). Las ovejas son el fundamento de la artesanía textil femenina y la manadita de yeguas está destinado obviamente a la cría de mulas y Matheo de Goya -que así se llama nuestro hombre- parece tener bien en claro la diferencia que existe en cuanto a la "propiedad" misma de estos diversos medios de producción. Por otra parte, no debería asombrarnos esa disponibilidad en una familia indígena de unos pocos animales, pues hay otros ejemplos que muestran que un estudio más afinado podría darnos algunas sorpresas en ese sentido (61).

Y cuando hablamos de los campesinos mestizos, a todas estas tareas que alejan al hombre durante meses de su familia (y en cada área del Tucumán, la marcada especialización regional del trabajo abarca tanto a los que mantienen su condición de "indios" como a los que ya podemos considerar campesinos mestizos) se deben agregar los meses que cada año debe entregar al servicio de armas en la frontera, un verdadero castigo que se abate sobre los hombres de campo tucumanos desde las décadas finales del siglo XVII, cuando la presión de la frontera chaqueña y más tarde, pampeana, se hace sentir duramente (62).

Todo ello, sobredeterminado además por la herencia cultural indígena, explica en gran parte ese gran vacío masculino y la omnipresencia de la mujer en la vida económica de la familia campesina en la región.

Ese gran escritor y agudo observador de nuestras cosas que fue Sarmiento, evoca con la imaginación sociológica que lo caracteriza esta peculiaridad de la familia campesina del Tucumán: "Las mujeres guardan la casa, preparan la comida, esquilan las ovejas, ordenan las vacas, fabrican los quesos y tejen las groseras telas de que se visten; todas las ocupaciones domésticas... las ejerce la mujer; sobre ella pesa casi todo el trabajo..." y antepone -ese es el sentido del párrafo que estamos comentando- esa laboriosidad femenina a la pereza masculina; el gaucho resulta así la antítesis de su sacrificada compañera. Sin embargo, cuando Sarmiento quiere evocar un día típico en la vida de su gaucho vago, relata "Salen, pues los varones sin saber fijamente adonde. Una vuelta a los ganados, una visita a una cría o a la querencia de un caballo predilecto, invierte una pequeña parte del día;

el resto lo absorbe una reunión en una... pulpería. Allí concurre cierto número de parroquianos de los alrededores; allí se dan y adquieren noticias sobre los animales extraviados; trazanse en el suelo las marcas del ganado; sabese donde caza el tigre, donde se han visto los rastros del león..." (63)

Que el lector disculpe la extensión de la cita, pero, creo que pocas veces podemos encontrar en un escritor de la época una descripción más clara de las labores específicas del campo argentino sin idealizarlas, mostrando además el papel de la pulpería como el espacio privilegiado de sociabilidad -acompañada, muy probablemente por el atrio de la cercana capilla- de ese mundo rural. Cada una de estas frases se refiere a hechos muy concretos ligados estrechamente a una parte no despreciable de las tareas que le corresponden al hombre en la vida económica de la familia campesina: visitar el ganado, vigilar las crías, informarse acerca de animales, propios o ajenos, que están perdidos, saber donde pueden atacar el yagareté o el puma... . Aquí, como en muchos otros pasajes, Sarmiento demuestra (quizás pese a él mismo...) que sabe muy bien de que está hablando y que su conocimiento del hombre campo está lejos de ser algo meramente libresco (64).

No por ya conocida, hay que olvidar la imagen que nos deja Alexander Gillespie al pasar por Calamuchita en 1807. Su visión del valle es casi idílica, en especial, cuando compara con el salvajismo que a sus ojos reina en la campaña de Buenos Aires: "Por el valle y en extensión de 12 millas tanto al este como al oeste, hay una población considerable, en pueblitos separados, en parte compuesta de pequeños chacareros, zapateros y tejedores. En efecto, los hábitos industriosos son perceptibles en cada cabaña y se ejercitan principalmente en la manufactura de ponchos bastos que tienen salida entre los peones de la llanura... Los ranchos de estos pueblos son un poco mejores que los de otros lugares que visitamos..." y muestra además la extensión de la pequeña y mediana propiedad, no solo respecto de la tierra sino también respecto a las majaditas de ovejas y pequeños hatos de yeguas o mulas (65). Porque, hay que recordar que aquí la familia campesina controla en forma casi total a todos los medios de producción indispensables para la artesanía textil: tornos de hilar -o husos a estilo andino- telares y lana. Solo deberá pasar por el mercado para algunos de los mordientes y ciertos tintes (66).

¿Cómo se realiza entonces, el nexo entre estas productoras aisladas y el mercado? Por intermedio de los mercachifles de la campaña que recorren las serranías en forma incesante Adelantando efectos a cambio de piezas textiles futuras. Hay apenas un

esbozo de Verlag System, bastante más desdibujado que el que podemos hallar en los casos contemporáneos de México (67), pues el papel del capital comercial es un poco distinto y se asemeja más al célebre "reparto" de mercancías que reinó en el Perú y en la Nueva España desde mediados del XVIII (68). Nos hallamos entonces, ante un sistema de mercantilización forzosa que domina a los pequeños productores y contribuye a aumentar la productividad marginal del trabajo en el marco de la economía campesina. Frente a un proceso como este, "dominado por la intensidad del trabajo" y donde los "opportunity costs" son casi nulos (69), la competencia de otras formas productivas en el marco del espacio colonial era muy difícil.

En 1784, en ocasión de hacerse una visita a la Casa de Recogidas de Buenos Aires, donde un artesano -por lo que parece, excesivamente imaginativo (70)- había instalado unos telares para hacer ponchos, se afirma que era muy difícil, ante el costo de la lana en la ciudad (pues aquí no había más remedio que comprarla) y del salario del maestro encargado de guiar la tejeduría a las internas, hacer frente a la competencia de los ponchos cordobeses -y eso que las pobres "recogidas" no podían exigir ningún tipo de pago por su trabajo. El experto llamado a opinar sobre el asunto aconsejaba "...desmontar la lana y venderla para colchones..." (71). Ello era así porque las tejedoras campesinas de hecho trabajaban "...bajo condiciones en las que la remuneración no llegaba a cubrir los costes de reproducción de su fuerza de trabajo, ni los costes de renovación de los medios de producción..." (72). En fin, se trata de la lógica económica de la unidad campesina que ha sido tan bien estudiada desde los trabajos clásicos de Chayanov en adelante.

Hablando de esta lógica económica y de esta peculiar estructura productiva, es interesante traer a cuento una frase de Pedro Santos Martínez donde este nos da un ejemplo palmario de la forma en que maltrata a las fuentes y muchas veces parece no comprender los problemas ante los que se enfrenta. Nos referimos a sus comentarios al conocido artículo del Dean Funes aparecido en el *Telégrafo Mercantil*; después que Funes/Saliano ha hecho una minuciosa descripción del funcionamiento de la tejeduría doméstica en Córdoba, afirmando que "...la pobreza y la miseria, son el patrimonio de nuestras artesanías de tejidos...", P. S. Martínez se pregunta acerca de cuáles podrían ser las causas de esta situación y aventura algunas respuestas; "¿Los bajos salarios? ¿La imposibilidad de competir con la producción de los otros centros fabriles? ¿El descuido de otras actividades económicas por el espejismo de ventas fáciles y rápidas?" (73), con lo cual demuestra que no ha entendido casi nada del problema tratado por el dean Funes. Aquí no hay salarios, ni centros fabriles y mucho menos "...espejismo de ventas fáciles y rápi-

das..."; en realidad, los únicos espejismos de que eran víctimas las pobres tejedoras serían ocasionados por la insoportable resolana del verano serrano...

Hay que recordar que la extensión de la artesanía doméstica en manos femeninas abarca no solo la región del poncho sino también la de los lienzos de algodón de los valles de La Rioja y Catamarca, en los cuales, una vez que la lenta disgregación de los pueblos de indios se va consumando, el campesinado mestizo -como ya vimos- se extenderá progresivamente (74). Sin embargo, debemos señalar que es justamente en este rubro del algodón y en la región del alto litoral y las reducciones jesuíticas, donde la forma productiva del pueblo de indios seguirá dominando en el textil hasta inicios del siglo XIX.

Los pueblos de indios durante el siglo XVIII.

En otros trabajos hemos hablado de estos pueblos y no podremos aquí extendernos mucho sobre el tema, señalemos solamente que en ellos la hilanza está en manos de mujeres y niños y el tejido es obra de los artesanos del sexo masculino. Hay leves variantes en los diversos tipos de pueblos. Las reducciones de la Compañía de Jesús jugaron un destacado papel en la provisión de lienzos de algodón a los mercados litorales. Y una vez expulsos los padres jesuitas en 1767, el textil tuvo un período de auge que llega hasta fines de siglo, cuando ya varias de las ex-misiones parecían ocuparse en forma casi exclusiva en esta actividad. Además de estas reducciones existieron otros pueblos, como el de Itatí en las Corrientes que también era una comunidad indígena donde el textil ocupaba un lugar importante. Es allí que vemos desarrollarse la forma de "tejido a medias" de la que ya hemos hablado y que se extenderá después progresivamente a los pueblos que habían regentado los jesuitas (75).

Hay una diferencia entre los lienzos litoraleños y los de los valles tucumanos. Los primeros llegan hasta el mercado en rollos con piezas de tamaño variable, pero que van de las 100 a casi las 300 varas, en las tres calidades más comunes: delgado o fino, mediano y grueso. En una época también se hacía un tipo de lienzo "de cordoncillo" de mucho mejor calidad. En cambio, los lienzos del valle llegan en cortes mucho más pequeños y de tamaños variados que no superan muchas veces las 5, 10 o 15 varas y esto se halla en consonancia con el tipo de estructura productiva familiar que reina en esa región y con sus telares bastante más pequeños y primitivos (76).

Haciendo una recapitulación, vemos que, ya desde mediados del

siglo XVIII, estas dos formas productivas son las dominantes y si sumáramos a ellas una bastante peculiar, la imperante en las tolderías pampas (77), tendríamos casi todas las existentes en el espacio que nos interesa. Decimos "casi", pues es posible mencionar otras que constituyen en realidad verdaderas rarezas. Podríamos citar el caso de uno de los pocos obrajes porteños de los que tenemos noticias y que funcionaba instalado por Francisco Alvarez Campana a mediados de siglo. Contaba con 13 telares y una auténtica "máquina" de hilar de 36 husos bastante ingeniosa; al parecer, sus trabajadores eran fundamentalmente esclavos (78). También en Colonia había en 1789 un taller con unos pocos telares (79). Ya hablamos del abortado ensayo en la Casa de Recogidas y es probable que en el futuro se puedan agregar algunos pocos ejemplos más, pero, el papel de estos casos "atípicos" era totalmente marginal en el marco de las relaciones productivas imperantes en ese espacio.

Como podemos comprobar, tampoco hay aquí nada que se asemeje a "fábricas" o "manufacturas capitalistas".

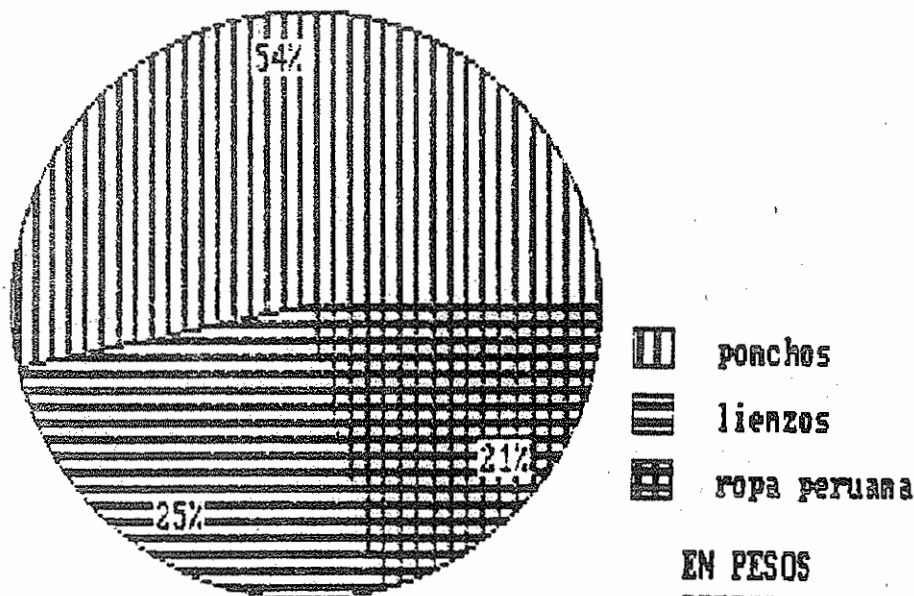
4. Los textiles de la tierra y el mercado de las villas litorales a fines del siglo XVIII.

Vamos a examinar, muy brevemente, cuál era la participación de las diversas áreas y formas productivas en el mercado más importante para la producción textil de todo el espacio rioplatense: Buenos Aires. Es obvio que esta no era el único mercado, pero, desde los años 1730/1740 y hasta fines del siglo XVIII, una parte relevante de la producción comercializada de los diversos tipos de textiles se dirige hacia este mercado que funcionaba como centro dominante de consumo y de redistribución.

Lamentablemente, la falta casi total de documentación cuantitativa, imposibilita un conocimiento medianamente serio de los flujos mercantiles durante todo el siglo y salvo una excepción que expondremos en el texto, el resto de la información se refiere ya a fines del siglo XVIII.

Examinemos entonces, para el período 1781-1790 y a través de las guías terrestres de la aduana capitalina, cual es la participación de los diversos tipos de textiles de la tierra en el mercado de Buenos Aires. La figura 1 nos muestra en forma gráfica esos datos (80).

GRAFICO 1
 MERCADO DE BUENOS AIRES, 1781-1790: relacion entre
 ponchos, frazadas, jergas y lienzos y ropa peruana



Hay que señalar, antes de analizar las cifras, que el total de lo entrado en conceptos de textiles de la tierra en el mercado porteño durante esos diez años, apenas llega al 10% del valor de aforo de todas las mercancías entradas a Buenos Aires. Es decir, estos textiles ocupan, en este período un lugar muy secundario en el conjunto de intercambios de la plaza mercantil porteña. Para decirlo de otro modo: el trigo, la yerba, los cueros, el aguardiente y el vino, en ese orden, eran muchísimo más importantes que los textiles en el mercado de efectos de la tierra de la ciudad. La falta de datos cuantitativos acerca del peso de los textiles importados impide toda comparación, pero, lo que sabemos de otras latitudes permite suponer que ese porcentaje debía ser relevante en la composición del total de las importaciones (81).

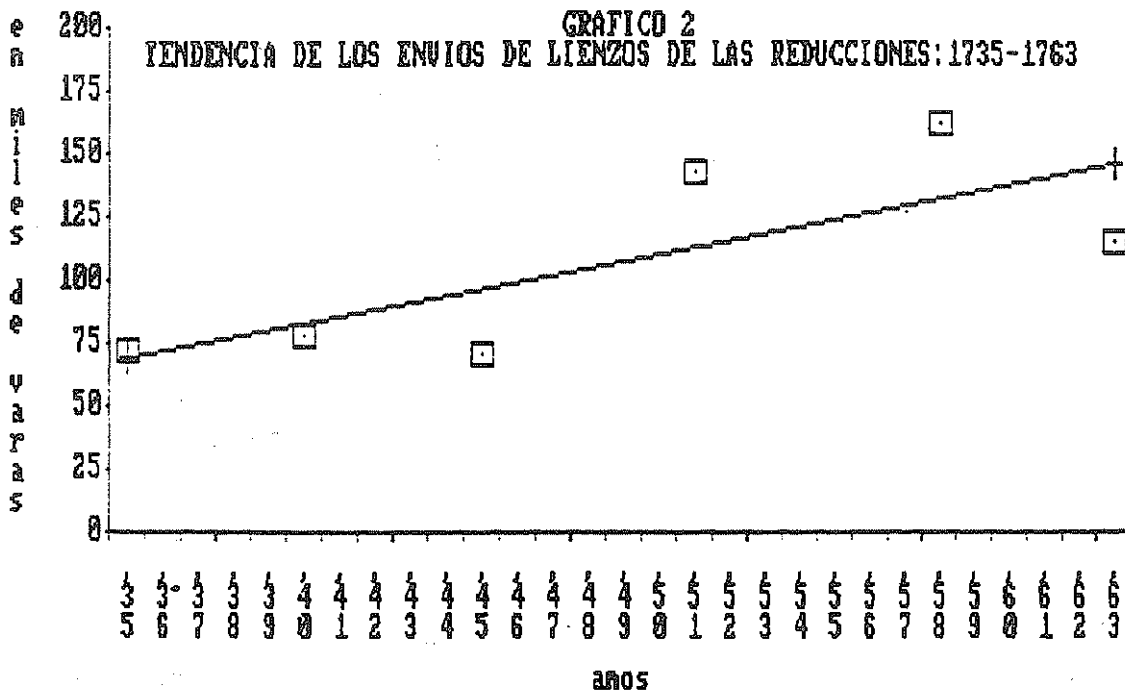
Volviendo al gráfico se puede observar que las piezas textiles relacionadas con el gran área del poncho son claramente dominantes. Le siguen bastante atrás los lienzos y la "ropa peruana". Vamos a examinar cada una de estas tres categorías.

Entre las piezas textiles del área del poncho (hay que señalar que hemos incluido aquí no sólo a los ponchos propiamente dichos, sino también a las "frazadas", jergas y pellones, como a los muy esporádicos cortes de bayeta, picote y otras telas de lana) Córdoba domina en forma decidida, respecto al valor

y al número de piezas, con un 85% sobre el valor. Sin embargo, Santiago del Estero, con 10% del valor sobre el total, ha estado creciendo de modo constante durante todo el período; en el último lugar se encuentra a San Luis, pero no hay que olvidar que los puntanos parecen encaminar la mayor parte de su producción hacia Chile, según la afirmación de 1785 del Marqués de Sobremonte (82).

En cuanto a los lienzos de algodón, los pueblos de indios de las misiones y del litoral dominan en la misma forma, con un 80%, siguiendo con idénticos porcentajes del 10%, los del valle de Catamarca y los tucuyo cochabambinos. Hay que decir que, si bien una parte relevante de los lienzos misioneros llegan desde las Corrientes, no debemos suponer que son originariamente correntinos pues el pueblo de Itatí, si bien tiene una larga tradición textil, ni por asomo estaba en condiciones de producir a un ritmo como para enviar al mercado de Buenos Aires esas cantidades. En realidad lo que está ocurriendo es que, una vez que el monopolio de la Administración General de los Pueblos de Misiones (que, supuestamente, era la única encargada de recibir los productos de las ex-reducciones) se había relajado, una nube de mercachifles de todo pelaje se abate sobre los pueblos y con la abierta complicidad de los administradores se afanan en tratos mercantiles muy cercanos al más puro saqueo. Uno de estos traficantes, factor del poderoso vecino y comerciante porteño, Cristóbal de Aguirre, lo diría con palabras muy gráficas "...creo que aquí hay demasiados niños para un solo trompo..." (83). También existe un activo intercambio entre los pueblos y los vecinos de las Corrientes de lienzos a cambio de vacas y así mismo, los barcos misioneros que descienden por el Paraná y el Uruguay llevan sus "rollos" para canjearlos en las estancias de los ríos por unas vaquitas para el rancho (84).

Estos lienzos misioneros habían sido siempre de gran importancia en el mercado de las villas litorales. En los años 1731-1745, las entonces reducciones jesuíticas envían a los Oficios de Santa Fe y de Buenos Aires un promedio de 14.873 varas anuales; ese promedio subirá a 31.171 varas en los años 1751-1756 (85). El gráfico 2 nos muestra, con datos referidos exclusivamente a los envíos al Oficio de Buenos Aires, de que modo ha ido creciendo la importancia de los lienzos en el transcurso del siglo XVIII (86).



En los años 1781-1790, el promedio anual ha crecido en forma evidente y alcanza casi las 50.000 varas, convirtiendo, como ya vimos, a los pueblos en el primer proveedor de lienzos del mercado de Buenos Aires.

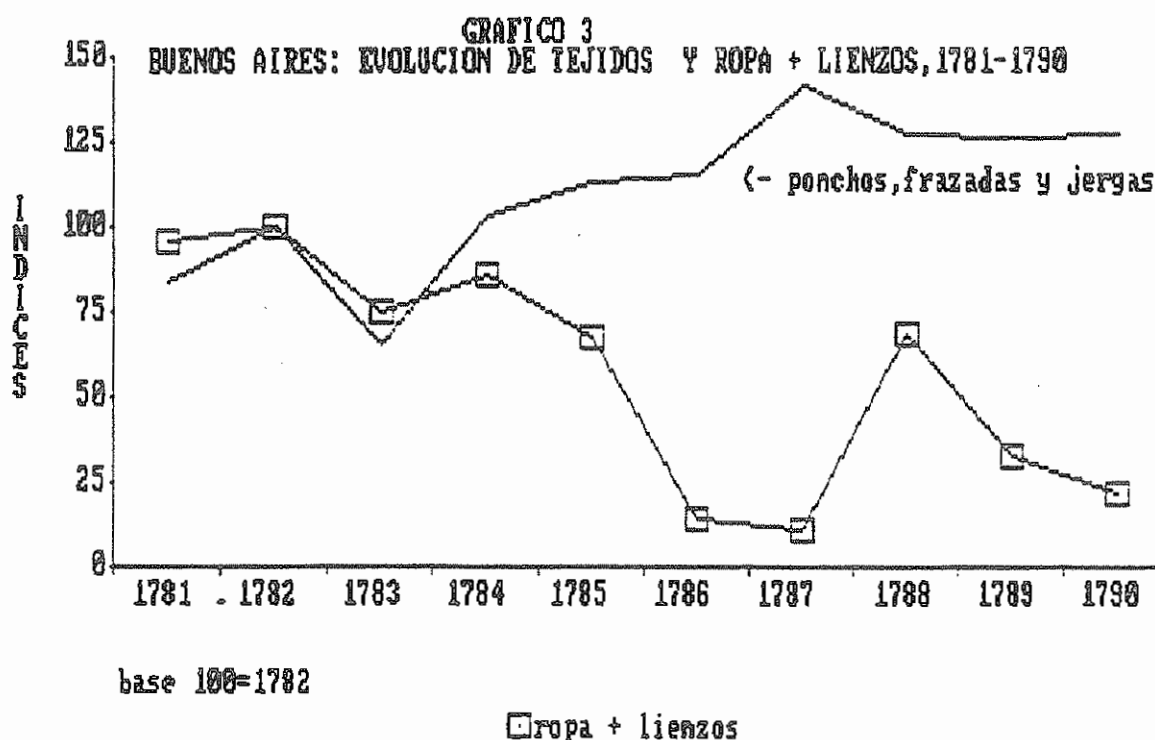
Los lienzos del valle son claramente secundarios (y presumimos que esta situación se mantenía ya desde hacía bastante tiempo) y llegan tanto desde la propia Catamarca, como desde Córdoba, Santiago y Tucumán -lo que constituye una primera aproximación al conocimiento de su área de dispersión en todo el noroeste, área que incluirá también en esa época a los mercados de Salta y Jujuy (87). Los tucuyos, que se convertirán en una mercancía de primera importancia cuando las guerras napoleónicas sumerjan al tráfico intercontinental en pleno marasmo, tienen todavía un papel muy débil y aparentemente hacia relativamente poco que se estaban difundiendo en este mercado (88).

Finalmente, la última de las tres categorías en que hemos dividido a los textiles de la tierra que entran en la ciudad durante ese período, es la llamada por las fuentes "ropa peruana" o "ropa de la tierra". Aquí encontramos tanto a la ropa de obrajes como a la de "chorrillos" y en este período llega en un 90% desde el Pacífico por la vía cordillerana. Se trata de telas de lana de diverso tipo, denominadas ya sea con el genérico nombre de "ropa", como con los más específicos y conocidos de bayetas,

cordellates, pañetes y otros.

El lector observará que un área de producción textil no es representada por estas cifras: los textiles pampas. Ello ocurre así por la sencilla razón de que estos no pagan la alcabala terrestre. Las cifras sobre este tipos de intercambios no existen para esta época y hay que señalar que éstos fueron siendo cada vez más regulares desde los años 1790, como lo atestiguan algunas fuentes cualitativas (89). Si nos guiamos por algunos datos preliminares del trabajo en preparación de Christine Jones y Claudia Wentzel, todo indicaría que las jergas pampas se convertirán poco a poco en una de las más preciadas y que el tráfico de este tipo de productos en la frontera sería de importancia creciente en las primeras décadas del siglo siguiente (90).

Por otra parte, si bien parece superfluo recordarlo, es evidente que el panorama que estamos exponiendo no agota al conjunto las actividades textiles de la región. Pues se hila y se teje en casi todas partes, aquí sólo hablamos de esos productos que efectivamente terminan convirtiéndose en mercancías...(91)



¿Y cómo evolucionan los distintos tipos de textiles de la tierra durante el decenio que estamos estudiando? El gráfico 3 nos muestra cual es el comportamiento claramente diferencial de las piezas textiles del área del poncho, frente a los lienzos y la ropa peruana. Mientras en el primer caso estamos asistiendo a un crecimiento claro y sostenido -sin que el tan cacareado Libre Comercio le haga la menor mella- en el caso de los lienzos y la ropa peruana se observa una marcada situación negativa. Aquí si el Libre Comercio parece tener una importancia decisiva y la evolución de la curva una vez finalizada la Guerra de América en 1783 es bastante evidente. Y en lo que se refiere a las áreas algodoneras, es indudable que ellas sufrirán una pérdida apreciable en sus ingresos al pasar del envío de lienzos al de algodón en bruto (92).

5. Conclusiones.

Permítasenos resumir aquí algunas de las conclusiones a las que, laboriosamente, hemos llegado.

Ante todo, en el espacio que nos ocupa, y ya sea que hablemos del algodón durante el siglo XVII, como de la lana y el algodón en el transcurso del siglo siguiente, las "fábricas", "las manufacturas capitalistas" y otras yerbas similares brillan por su ausencia. Refiriéndose al textil, se puede decir, con la frase de ese europeo que vió por primera vez un avestruz, que "ese animal no existe". Es más, la típica manufactura colonial, el obraje, está representado sólo por unos pocos casos que constituyen más una rareza que una presencia productiva comparable a la que existía en otras regiones como la Nueva España y el área andina (93).

Aquí hallamos sólo dos formas dominantes: los pueblos de indios, con todas sus variantes referidas a las diversas épocas y regiones y la tejeduría doméstica campesina. Y los datos que presentamos sobre el mercado más importante de ese espacio a fines del siglo XVIII, muestran por otra parte, que las fáciles generalizaciones sobre los efectos del Libre Comercio -como será el caso posterior sobre la penetración mercantil británica- son justamente eso, fáciles generalizaciones que es indispensable verificar en cada situación. El poncho es (y lo seguirá siendo por bastante tiempo), un hueso duro de roer para la competencia de los textiles de la Europa más avanzada. Complejas razones de índole cultural son el fundamento de esa solidez del poncho. Por ahora,

la competencia de las cotonías llegadas desde Cataluña afecta fundamentalmente a los pueblos de indios de las misiones. Y cuando en la segunda década del siglo XIX, el textil de algodón dominante sea el tucuyo, su caída no sólo debe relacionarse con la penetración comercial inglesa sino también con las complicaciones surgidas en la vieja ruta altoperuana (94).

Además, esas dos formas productivas fundamentales de las que hemos hablado, no poseían ni siquiera los cimientos para constituir lo que Mendels y otros autores han llamado un proceso de "protoindustrialización" y en el caso de la tejeduría doméstica, se asemeja en verdad más al tipo clásico de relación entre artesañas y actividades agrícolas de las sociedades agrarias tradicionales (95). Si en algún lado estaba naciendo el capitalismo vernáculo, era en la campaña litoral, donde ya desde mediados del siglo XVIII habían comenzado a afirmarse las relaciones capitalistas de producción. Por supuesto que, dejando de lado algunos casos muy específicos como los saladeros ("manufacturas coloniales" muy peculiares), este tipo de relaciones de producción que comenzaba a predominar en este espacio, nada tenían que ver con la "industria", salvo que supongamos que todo proceso de transformación constituye un fenómeno industrial y que dentro de ellos, como diría Tulio Halperin, se pueda incluir hasta la "...pesca con lombrices en la Laguna de Guanacache..." (96).

Finalmente, se podría insinuar que la paradoja de algunos de los revisionistas respecto a problema del capitalismo en la Argentina es buscarlo allí donde era imposible hallarlo y silenciar -probablemente en forma involuntaria- el papel determinante de su héroe máximo en la consolidación de las relaciones de producción capitalistas en el campo (97). Proceso que implicaba la mano dura en la campaña y la continuidad en un todo un estilo de orientación de la economía rioplatense hacia el exterior. En un caso, el papel de Juan Manuel de Rosas fue fundamental para la "paz" en las haciendas de la campaña; en el otro, poco se hizo para evitar una inserción en el mundo que parecía estar inscripta en la dura realidad de las "ventajas comparativas". Y así será como parte de la Argentina entrara en la era del capitalismo de la mano de ese caudillo, pero hará ese camino muy lejos del textil y de la "Revolución Industrial".